



Patricia Israel:
La negra noche de América. (Óleo-tela. 1987)

sectores socio-económicos altos que antaño habían dirigido la cultura del país y habían fijado el gusto artístico se han desplazado hacia el consumismo. Las capas medias ilustradas no han logrado un papel protagónico en la distribución y consumo de los valores artísticos, quedando entregado el circuito a la responsabilidad estatal y a la buena voluntad de algunos operadores culturales aislados (galeristas de arte) que sobreviven gracias a las compras de un pequeño mercado interno. Las capas populares, por su parte, han estado completamente ajenas a la recepción de los valores artísticos.

A lo largo de este siglo se ha mantenido un microclima en el arte que no ha podido extender su campo de acción social y, consecuentemente, no ha logrado desarrollar un universo simbólico que identifique a la comunidad o que ésta se identifique con aquél. Son otras las opciones simbólicas de carácter visual a las que adhiere la mayor parte de la sociedad; hay que buscar en la cultura de masas generada por los medios de comunicación, especialmente la televisión, los signos de adhesión social, donde «la melodramatización de la realidad y el predominio de lo expresivo y afectivo juegan un papel clave de identificación y pertenencia simbólica en los sectores populares»¹

Hasta el advenimiento del gobierno autoritario, la relación entre el campo político y el campo artístico se desarrolló sin sobresaltos ni conflictos debido a la continuidad

¹ *Subercaseaux, Bernardo.* Fin de Siglo. La época de Balmaceda, Aconcagua. Santiago, 1988.

de un sistema democrático que había logrado establecer las condiciones para una adecuada vinculación entre libertad y creación artística. El artista jamás dudó del amplio espacio de libertad de que gozaba. Era la herencia normal que recibía de su entorno político que nunca había puesto obstáculos al libre ejercicio del arte.

2. Avance modernizador

A partir de la segunda mitad del siglo XX se aceleró el proceso modernizador del país que afectó a la totalidad del quehacer nacional.

En el campo de la cultura, la frecuentación del libro y la comunicación social de la radio recibieron la competencia desequilibrante de la televisión, que comenzó a ingresar en los hogares chilenos a partir del Campeonato Mundial de Fútbol realizado en el país en 1962.

El ingreso en el sistema educacional en todos sus niveles (básico, medio y universitario) se aceleró cuantitativamente, aumentando el número de los educandos y ampliándose la base social de los que tenían acceso a la educación². Este acelerado crecimiento de la población escolar provocó importantes ajustes en el interior del campo de la cultura, debido a la diversidad socio-económica cada vez mayor del mercado cultural cuya homogeneidad basada en la hegemonía de una clase alta, apenas desequilibrada por el empuje de una clase media ilustrada, se vio sometida a una heterogeneidad de demandas solicitadas por los grupos sociales populares que accedían en mayor cantidad a la enseñanza básica y media. Esta población que superó el analfabetismo y que estaba ávida de incorporarse al campo de la cultura fue desviada por la industria cultural, que la dirigió a la asimilación de una cultura de la distracción y de la diversión sostenida por los canales de televisión y destinada a la recepción acrítica, sin resonancia ni transcendencia, de un conjunto de signos inmediatistas que se consumen en el momento en que se reciben. Se ha generado una cultura de masas que absorbe como esponja el espectáculo estelar proveniente del extranjero mediante la difusión diaria, reiterada y permanente, de cantantes de moda en la radio, en la grabación cassette, en el video clip del televisor. En la década del ochenta estos cantantes lograron llenar el Estadio Nacional con capacidad para 75.000 espectadores, estableciendo marcas de público y de recaudación (esta última mantenida en el más riguroso secreto) que se consiguen sólo en determinadas ocasiones, cuando en el ambiente futbolizado del país juegan los dos clubes más populares: Colo Colo y Universidad de Chile.

Fomentar una actitud conformista, eludiendo la crítica y la confrontación de las ideas ha sido una fórmula clave utilizada por el régimen militar. Sus propios oráculos a través de la Dirección de Comunicación Social manejada por la Secretaría General de Gobierno (un Ministerio esencialmente político) han sido los encargados de proclamar la verdad, excluyendo sistemáticamente de los medios de comunicación a los detractores³.

² Véase Brunner J.J., *Catalán G. Cinco estudios sobre Cultura y Sociedad. Flacso. Santiago, 1985.*

³ *Al escribir este artículo, a pocos días del término del gobierno autoritario, la bien montada publicidad del régimen está dedicada ahora a mostrar día a día en la televisión estatal, los «espontáneos» agradecimientos del pueblo al general Pinochet, por tanto favor concedido.*